

CAPITULO XII.

Sentimientos del alma.

Al llegar de Tlalpam á México, los viajeros desmontaron del ómnibus, y se dirigieron á sus respectivas casas.

El doctor, deseando aprovechar el tiempo que Diego estaba ausente, marchó hácia la habitacion de Elisa, y mientras en ella tenian lugar los acontecimientos que dejamos apuntados en el capítulo anterior, Félix, dependiente de Flan, dió parte á su principal del resultado de la mision que habia llevado, aunque nada le habló por entonces del diálogo que por casualidad habia oido, y en el cual se le hacia aparecer á Duval como monedero falso.

Dejando, pues, para otra ocasion que él habia resuelto ya, la aclaracion de aquel asunto, se dirijió á ver á Soledad, temiendo que hubiese llegado á sus oidos la desgraciada muerte de aquel que, en su concepto, no podia ser otro que Nuñez, puesto que sus señas correspondian perfectamente con su cuerpo y su figura, segun pudo observar en el concierto la única vez que le habia visto.

Pero pronto conoció por las preguntas que le hizo, y por la conversacion que promovió la hermosa con respecto al hombre á quien no podia apartar de su memoria un solo instante, que ignoraba la noticia que él habia escuchado, y no quiso por lo mismo ser él quien desgarrase su corazon.

En aquel momento se presentó una criada anunciando que el señor Flan pedia licencia para pasar á ver á la señorita.

Soledad se sorprendió.

Era la primera vez que el señor Flan solicitaba una entrevista con ella.

—Dile que venga cuando guste.

La criada se fué y la jóven continuó.

—¿Qué tendrá que decirme? ¡No sé por qué me sobresalta esta inesperada visita...! ¿No sospecha vd. lo que la motivará, Don Félix?

—Sí; y aun creo adivinar la causa.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—Mi principal me ha hablado mil veces de vd., haciendo de sus virtudes los merecidos elogios, ponderándome la felicidad que conseguirá el hombre que tenga la fortuna de alcanzar su amor; y en mi concepto, la entrevista que solicita, no reconoce otro origen que el de una declaración amorosa.

Soledad se puso pálida.

—¿Será posible!

Exclamó afligida.

—Sin duda alguna. Pero nada debe vd. temer. El señor Flan tiene un corazón noble y generoso; sabe apreciar las altas virtudes como corresponde á todo hombre bien nacido, y no exigirá, si vd. le expone lo que pasa en su alma, que sacrifique vd. sus afectos al agradecimiento y á la compasión.

—Sí; le abriré mi corazón; le hablaré con

la franqueza que reclama la honradez, la amarga historia de mi vida; y si no consigo que desista de su intento, abandonaré el lujo de que me ha rodeado, para vivir en una humilde habitacion, acompañada de mis recuerdos y mis lágrimas....!

—¡Bien, Soledad, bien....!—Dijo Félix conmovido.—Y yo le seguiré á vd. como su leal y fiel amigo.... como su esclavo....

—¡Gracias, generoso Félix....!

Exclamó la jóven profundamente conmovida por aquel rasgo generoso.

—¡Adios, Soledad! La dejo á vd. antes de que llegue mi principal.

Y ambos jóvenes se separaron enviándose una mirada de ternura que revelaba los afectos mas puros del corazón.

Soledad quedó triste y sobresaltada, esperando al hombre á quien debía las atenciones de á un cariñoso padre.

Félix se fué con el corazón oprimido y sobresaltado.

Aquella entrevista solicitada por su principal no podia reconocer otra causa que una declaración amorosa.

Y esta idea le tenia en una inquietud violenta.

¿Por qué?

El mismo lo ignoraba.

Cuando al hablar de Nuñez, pocos momentos antes, la jóven le manifestó que nunca seria de otro que del hombre que hizo latir su corazon por la primera vez, y que si él la olvidaba, ella le amaria toda la vida, Félix quedó triste y abatido.

Ahora, la creencia de que el señor Flan aspiraba á la mano de la hermosa, le atormenta.

¿Es acaso que al meditar en la muerte de Nuñez cruzó por su pensamiento una esperanza que ahora se desvanece, temiendo que la puerta que se abria á la realizacion de un sentimiento desconocido, se cierre con la presencia de su principal?

Esto es lo que él mismo no acertaba á explicarse.

Félix anhelaba, es cierto, la felicidad de la jóven; pero tambien lo es que al imaginar que la memoria de Nuñez se podria borrar de la memoria de Soledad, cuando

llegase á saber que no existia, sintió cierta satisfaccion interna, dulce y balsámica, de que se horrorizó él mismo, espantado de haber podido dar entrada en su alma á ideas contrarias á los deberes sagrados del hombre.

—¿Luego no es mi amor desinteresado y noble....?—exclamó para sí, procurando alejar las ideas que le asaltaban.—;Yo aspiraba, sin saberlo á su posesion, y tal vez me alegraba de que Nuñez hubiese muerto....! ¡Ah....! ¡no....!—agregó horrorizado con este pensamiento.—;Eso seria un crimen que me atormentaria toda la vida! ¡Imposible, imposible....! ¡No he lamentado su muerte como si se tratase de un hermano....? ¡No he rogado á Dios mil veces porque le devolviese con su amor á Soledad, la dulce paz que le ha robado....?

Y Félix entró á su cuarto analizando los encontrados afectos de su alma, acusándose unas veces, y absolviéndose otras de los íntimos sentimientos que abrigaba en su corazon.

—¿Pero si es cierto que mi cariño es sin-

cero como el de un hermano, y no egoista como el de un amante—exclamó dejándose caer sobre una silla—¿por qué me tiene sin quietud, sin calma y sin placer esta entrevista de mi principal con Soledad....?

Y Félix sentía abrasada su frente y oprimido el corazón.

Tan pronto se levantaba de la silla, como se volvía á dejar caer sobre otra sin encontrar postura ni tranquilidad.

¿Qué pasaba entre tanto en la entrevista entre Soledad y Flan?

El capítulo siguiente contestará á la pregunta.

CAPITULO XIII.

Una declaracion inesperada.

Don Felipe Flan tenia treinta y dos años de edad: era alto y bien formado; de ojos y pelo negros; de fisonomía dulce y expresiva; sus modales eran finos, y su manera de vestir, sencilla y elegante.

En todas las circunstancias de la vida conservaba un humor igual y uniforme.

En su semblante jamás se dejaba ver ese ceño adustro con que algunos principales se hacen odiosos á los que se encuentran y sus inmediatas órdenes, y alejan de sí la confianza y el cariño.

Por el contrario, era un hombre afa-